Carlos GRANADOS, *El Decálogo. Diez palabras de vida*, Madrid: Didaskalos («En la escuela de la Palabra», 7), 2023, 190 pp., 15 x 21, ISBN 978-84-19431-04-2.

El Decálogo es uno de los textos fundamentales de la tradición bíblica. A él dedica este volumen el profesor Carlos Granados, docente de Antiguo Testamento en la Universidad Eclesiástica San Dámaso, de Madrid. Sus páginas pretenden desvelarnos, y ciertamente lo logran, algunos de los enigmas de su presentación, redacción e historia.

Esta monografía se vertebra en dos partes, que podrían leerse incluso por separado. En la primera, se nos ofrece un estudio más exegético de los textos, tratando de descubrir el tenor original del Decálogo en sus diversas versiones. En la segunda, tenemos una explicación más catequética del Decálogo cristiano. Sin perder el arraigo fuertemente bíblico y lo aprendido en todo lo dicho en la primera parte, las explicaciones de esta segunda mitad del libro adquieren una inflexión más pastoral y homilética. Estamos por tanto ante una publicación que manifiesta este doble registro.

La parte primera del volumen (pp. 19-76) se configura en torno a seis capítulos.

En el primero («Las diez palabras»: pp. 19-27) tenemos una explicación general del texto, dando mucha importancia al hecho de que el Antiguo Testamento califica los mandamientos como «palabras», para extraerlos así de un horizonte meramente legal, e introducirlos en el espacio de la alianza. El segundo capítulo («Dos versiones del Decálogo»: pp. 29-48) trata de hacernos reflexionar sobre el hecho de que el Decálogo bíblico se enuncia dos veces en el Antiguo Testamento (Ex 20, 1-17 y Dt 5, 6-21). Esta repetición, en dos lugares y momentos diversos del relato, ayuda a comprender su contenido. El tercer capítulo («El Decálogo es un camino»: pp. 49-53) se centra en la estructura del texto, que es prácticamente común a las dos versiones y que nos permite vislumbrar un camino. Se trata de una dinámica que finalmente conduce al «no codiciarás», es decir, a esos preceptos últimos que tocan directamente el corazón, honrar de toda acción, buena o mala. El capítulo cuarto («Otros testimonios del Decálogo en la primera histo-

ria del pueblo»: pp. 55-64) se detiene en textos que han reinterpretado el Decálogo, adaptándolo y reproponiéndolo en épocas posteriores. Se pasa ahí revista a pasajes como Ex 34, 10-28 o Lv 19, 1-37. El capítulo quinto, titulado «Rastreado los orígenes históricos del Decálogo» (pp. 65-69), es un intento de trazar la línea histórica de desarrollo que partiendo, probablemente, del profeta Oseas en el siglo VIII, llevó hasta esta condensación de las Diez Palabras que tanta fortuna hizo, con un efecto tan decisivo en la historia de las religiones judía y cristiana. Por último, el capítulo sexto se titula «Hacia el cumplimiento del Decálogo» (pp. 71-76) y desglosa las líneas maestras de prolongación del texto de las Diez Palabras en el Nuevo Testamento y en la historia de la Iglesia.

La segunda parte del libro (pp. 77-186) tiene la estructura, sin más, de los diez mandamientos. Va recorriendo uno por uno todos los preceptos, aportando a cada uno una serie de reflexiones que permiten comprender el texto, ampliar el marco y actualizar; siempre, eso sí, a partir de un estudio muy basado en el propio texto bíblico. El libro se cierra con una brevísima conclusión (pp. 187-188) y una bibliografía recomendada para los que quieran ahondar en algún aspecto particular del contenido de esta obra (pp. 189-190).

El autor tiene mucho interés en subrayar algunas claves de lectura, que van apareciendo en el periplo de esta obra. Entre otras, me parece muy atinado que el profesor Granados resalte la libertad con la que las Diez palabras se han reinterpretado y reformulado a lo largo de la historia. «Son, por tanto, palabras continuamente *actualizadas* y transformadas. O, más bien, y quizás en este cambio reside el carácter *excepcional* del Decálogo, al contacto con estas Diez palabras somos nosotros quienes *nos actualizamos* y, de este modo, nos hacemos capaces de reinterpretarlas en

nuestra circunstancia» (p. 15). De otra parte, el autor no deja de señalar cómo estas Diez palabras son también una expresión de la ley natural y, por tanto, contienen elementos irrenunciables de la fe, mandamientos válidos siempre, como el hecho de «no matar al inocente» o «no adúlterar».

Creo importante destacar igualmente que en toda la segunda parte de esta publicación se percibe una dependencia con respecto a san Agustín y al modo en que el Doctor de Hipona supo actualizar y reinterpretar el Decálogo para el lector cristiano, exponiendo a los creyentes cómo habían de vivir ahora, por ejemplo, el precepto del Sábado o de qué modo los Diez mandamientos tenían que ver con la Trinidad y con el Misterio cristiano. Todo ello es ciertamente interesante y el libro alcanza a ilustrarlo en forma cabal.

Como siempre, quedan flecos sueltos y ocasionalmente el lector querría una descripción más detenida de algunas cuestiones. No lo consideramos esto una carencia, pues desde el principio percibimos que no nos encontramos ante un estudio exhaustivo. Más bien se trata de una presentación enjundiosa y radicada en lo sustancial, adecuada para quienes buscan avanzar en el estudio de la Sagrada Escritura y desean acceder a puntos seguros y claros de unos determinados pasajes. Estos rasgos transforman esta publicación en un trabajo enormemente válido, que conjuga armónicamente una profundización para el lector más diestro con una iniciación para el menos perito. Es un logro asimismo el cambio de estilo de toda la segunda parte, trayendo a colación conspicuos ejemplos de la Divina Comedia o de autores clásicos, que ayudan también a hacer más gráficas, sugerentes y plásticas las explicaciones.

En definitiva, reputamos esta obra como altamente recomendable para todo aquel que quiera captar los ejes primordiales de una de las páginas de la Escritura Santa más famosas, bellas y utilizadas en la

vida de la Iglesia. Ocasionalmente el Decálogo ha sido visto como una serie de prohibiciones negativas que parecen atenuar a quienes las observan. El autor nos facilita alejarnos de esta sesgada hermenéutica proponiendo una nueva perspectiva: la formulación negativa, en realidad, es liberadora, porque enuncia solo lo que no hay que hacer, dejando campo infinito a lo que se puede hacer, porque acota el número de los noes, para abrir posibilidades ilimitadas de síes. En este sentido, descubrimos que la lectura llevada a cabo por el profesor Granados concuerda con la del papa Benedicto XVI al glosar el texto bíblico: «Un detalle llama enseguida la atención: la enumeración de los diez mandamientos se introduce con una significativa referencia a la liberación del pueblo de Israel. Dice el texto: “Yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de Egipto, de la esclavitud” (Éx 20, 2). Por tanto, el Decálogo quiere ser una confirmación de la libertad conquistada. En efecto, los mandamientos, si se analizan en profundidad, son el instrumento que el Señor nos da para defender nuestra libertad tanto de los condicionamientos internos de las pasiones como de los abusos externos

de los maliciosos. Los *no* de los mandamientos son otros tantos *sí* al crecimiento de una libertad auténtica. Conviene subrayar también una segunda dimensión del Decálogo: con la Ley dada por medio de Moisés el Señor revela que quiere establecer con Israel una alianza. Por consiguiente, la Ley, más que una imposición, es un don. Más que mandar lo que el hombre debe hacer, quiere manifestar a todos la elección de Dios: él está de parte del pueblo elegido; lo liberó de la esclavitud y lo rodeó con su bondad misericordiosa. El Decálogo es testimonio de un amor de predilección» (*Homilía durante la celebración eucarística para los trabajadores en la fiesta de san José*. 19 de marzo de 2006). Y es precisamente este amor de predilección el que se aviva al tomar entre las manos este volumen. Lo cual nos lleva a agradecer el esfuerzo realizado por el autor para que las Diez Palabras iluminen la vida de quienes aspiran a caminar por una senda ancha, emancipadora y asentada en la virtud.

Fernando CHICA ARELLANO
Città del Vaticano
DOI 10.15581/006.55.2.481